

## SUMARIO

El nuevo reglamento de maniobras de la infantería francesa, (conclusión), por Un aspirante á veterano.—Purificación del agua en campaña, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.—El Colegio general Militar, por el Capitán Subrió Escápula.—Port-Arthur, traducido por el Marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.—El fusil corto para infantería.—BIBLIOGRAFÍA: Censo del ganado caballar y mular de España, de 1902 á 1904.

Se acompañan los cuadernos 42 y 43 de La Guerra ruso-japonesa.

---

### EL NUEVO REGLAMENTO DE MANIOBRAS DE LA INFANTERÍA FRANCESA

(Conclusión)

En los capítulos consagrados al estudio del combate se acentúa más aun que en los primeros la tendencia á prescindir de formalismos y preceptos detallados, substituyéndolos por reglas generales y sencillas.

Leyendo el reglamento, sin idea preconcebida de ninguna clase, se echa de ver que la idea capital que lo informa es la de desarrollar el espíritu de iniciativa, encaminándolo á una ofensiva inteligente. Prescindiendo de algunos defectos de poca importancia, no cabe duda que estas ideas responden á las necesidades actuales, pero aun así consideramos algo peligroso el ensalzar demasiado un método de combate determinado y educar en él al ejército, porque no siempre el comandante de una tropa podrá asumir la ofensiva, ni estará á su arbitrio el atacar ó el defenderse; y puede resultar que un ejército que se acostumbra á ver en la ofensiva el único medio eficaz de vencer al enemigo, se desmoralice y maniobre mal si las circunstancias ó la mayor potencia del adversario le reducen al papel defensivo, separándolo de lo que habia aprendido é imbuyéndole la creencia, así explícitamente consignada en el reglamento, de que su derrota será cierta é irremediable.

La influencia, á menudo perniciosa, que ejercen sobre nosotros las ideas y reglamentos extranjeros, y muy en particular los franceses y alemanes, nos mueven á escribir estas reflexiones, porque no siempre lo que es bueno en un ejército conviene á los demás.

En este concepto, se puede sintetizar la nueva instrucción francesa, diciendo que inspirados en la ofensiva absoluta los métodos alemanes, los franceses han querido superar á sus vecinos del Este.

En los movimientos preparatorios, el oficial—dice el reglamento—tiene el deber de reconocer el terreno y prever de antemano las medidas adecuadas á evitar todo movimiento inútil ó peligroso: marchará delante

de su tropa á fin de descubrir el terreno próximo, se informará de la situación y propósitos de las unidades inmediatas, y estará siempre dispuesto á adoptar las medidas precisas para hacer frente á todas las eventualidades.

Únicamente el movimiento adelante es decisivo é irresistible, y por consiguiente la ofensiva se impone en la generalidad de los casos.

En la ofensiva, son de notar modificaciones importantes en las reglas de combate. De ordinario las pequeñas unidades, hasta el batallón, que formen parte de una línea de ataque, no conservarán reservas especiales, limitando el empleo de ellas á los casos en que pueda ser acometida por uno ó los dos flancos. Así, una tropa que despliega comprende dos grupos: el destinado á empeñar el combate, y el que sirve de *refuerzo* (voz que ha substituído á lo que antes se llamaba *sostén*).

*Patrullas* más ó menos fuertes, destacadas á los flancos y á vanguardia, previenen los ataques enemigos, evitan las sorpresas y permiten á los comandantes de unidad el reconocimiento del terreno en que se ha de desplegar su tropa. Detrás de las patrullas, las unidades, agrupadas ó separadas según las circunstancias y el terreno, avanzan cubriéndose en los obstáculos naturales. Las que encuentran el terreno más favorable son las primeras en empeñar el combate, facilitando así el avance de las demás.

Generalizado el fuego, las unidades deben agruparse en los puntos más protegidos y descubiertos. Desde el principio, grupos eventuales de importancia variable son dirigidos para concentrar los esfuerzos contra los puntos principales. El avance se verifica procurando retardar la ruptura del fuego; los refuerzos deben apoyar el movimiento y avanzar también, sin necesidad de recibir la orden, prestos á intervenir en el momento oportuno.

Una vez roto el fuego, conviene darle toda la intensidad compatible con el municionamiento; á menudo debe recomendarse el tiro por descargas rápidas y violentas, de corta duración, que abaten la moral del enemigo.

Logrados los primeros objetivos, las unidades vencedoras se establecen en las posiciones conquistadas y facilitan, por su fuego, el avance de las demás. Siempre que se pueda se procurará batir al enemigo con fuegos de enfilada. La intervención de los refuerzos depende del jefe de la unidad á que pertenecen, pero en casos urgentes pueden empeñarse en la lucha por su propia iniciativa.

Los incidentes naturales producen la mezcla de las unidades; los oficiales y clases han de esforzarse en conservar el mando sobre los grupos inmediatos y ejercitar hasta el último momento la unidad de dirección indispensable para asegurar la convergencia de los esfuerzos. Se recomienda, como una de las condiciones indispensables para el éxito, una te-

nacidad indomable; toda posición conquistada ha de ser conservada á todo trance, mientras que si se cede terreno momentáneamente han de agotarse las energías para recuperarlo. Junto con la tenacidad, la rapidez de ejecución asegura el resultado del ataque.

Pasando al estudio de la defensiva, el nuevo reglamento dice: «Solo una defensiva agresiva da resultados». El jefe de una fuerza ha de estudiar el terreno en que ha de maniobrar el enemigo, con objeto de descubrir las probabilidades que tendrá de atacarle con éxito.

En la defensa de los puntos de apoyo, el comandante enviará á vanguardia algunos destacamentos que obliguen al enemigo á desplegar y se informen de los propósitos del adversario. No basta la defensiva; cuando el ataque enemigo aprieta mucho, se impone el contraataque; mientras que si la unidad ha tenido que retroceder debe ejecutar vigorosas reacciones ofensivas antes de que el enemigo haya tenido tiempo de establecerse sólidamente en el terreno conquistado.

Preconiza así mismo el Reglamento el empleo de la fortificación del campo de batalla, reducida á formas sencillas y ligeras susceptibles de ser construidas con los útiles que lleva la infantería. Estos atrincheros son no solo recomendables en la defensiva, sino también en la ofensiva, cuando las tropas tengan que suspender momentáneamente el avance. En lo posible, se aprovecharán los pliegues y accidentes naturales.

Los combates nocturnos no son ya una operación especial y particular, sino que entran en la categoría de los hechos ordinarios y corrientes, y han de considerarse como una continuación del combate de día. El valor de las tropas sufre á su inferioridad numérica, y es posible conquistar con pocas bajas ciertos puntos cuya posesión intentada á la luz del día impondría grandes sacrificios.

Los ataques nocturnos han de tener un objetivo muy bien determinado, reconocido previamente en lo posible, y exigir maniobras muy sencillas. La dirección que deben seguir las columnas estará indicada por un camino ó una línea bien definida. Se marchará en silencio, y se empleará la bayoneta, sin disparar.

Inversamente, las tropas que pasen la noche en el lugar del combate, se cubrirán con avanzadas en todos los puntos y vías de acceso, y puestos de escucha casi en contacto con el enemigo. Si ocurre una sorpresa, se romperá el fuego é inmediatamente se cargará á la bayoneta.

Con muy buen acuerdo, el reglamento francés insiste en el enlace íntimo que debe existir entre las diferentes armas. «Ninguna tropa en formación densa puede moverse en un terreno batido eficazmente por la artillería, sin exponerse á pérdidas muy graves». Se utilizarán todos los recursos del terreno, se adoptarán las formaciones menos vulnerables y se encadenará la acción de la infantería con la de la artillería propia.

Contra la artillería, el atacante espaciará sus unidades en pequeños grupos que se moverán á cubierto, de modo que presenten escaso blanco; harán fuego cuerpo á tierra y adelantarán á saltos, hasta llegar á una distancia tal de los cañones enemigos que el fuego de fusilería les obligue á retirarse.

Termina el reglamento exponiendo el papel de las diferentes unidades en el combate.

La compañía combate desplegada en fracciones orgánicas ó en grupos eventuales; al principio destaca siempre una ó varias secciones como refuerzos. La fracción que está más avanzada lleva siempre la dirección, y el capitán la dirige de modo que se enlace su movimiento con el de las compañías inmediatas, á la vez que procura que las demás fracciones de su compañía no queden rezagadas con relación á la primera, y se presten mutuo apoyo. El capitán determina el momento de romper el fuego, designa el objetivo y señala la intensidad del tiro. Prescribe cuándo los refuerzos han de embeberse en la línea de ataque, aunque sin perjuicio de que tales refuerzos se lancen adelante por su propia iniciativa.

No se considera el caso de una compañía aislada.

El batallón se escalona en profundidad, y en tanto no se despeja la situación conserva una ó varias compañías de refuerzo. En la ofensiva, el jefe asegura la continuidad del movimiento, y en la defensiva sostiene á las compañías empeñadas y prepara los contraataques y reacciones ofensivas. Así como el capitán se ocupa en el avance y procura ganar terreno, el jefe del batallón regulariza el movimiento.

Si el batallón combate entre otros, el jefe deja á los capitanes amplia iniciativa, esforzándose por su parte en combinar su acción con la de los batallones laterales. En este caso, el principal papel del jefe consiste en hacer intervenir en el momento oportuno las compañías de refuerzo.

Previsiones análogas se dirigen á los coroneles y jefes de brigada, ampliadas en el sentido de que estas unidades tienen á menudo la posibilidad de maniobrar, mientras que el batallón combate casi siempre en un solo frente. Se señalan como objetivos preferentes de los ataques, las tropas que han manifestado indicios de desaliento, los puntos más débiles de la línea enemiga, y los más fácilmente abordables á causa de la configuración del terreno.

\*  
\*  
\*

Estos son á grandes rasgos los puntos culminantes del nuevo reglamento francés. Como habrá podido deducirse del rapidísimo examen que de él hemos hecho, más que un *reglamento* es un tratado de táctica. Desde este punto de vista deja poco que desear y revela en sus autores un profundo conocimiento de las necesidades actuales. Como reglamento es demasiado vago, y muchos de sus preceptos no están al alcance de inteligencias poco educadas, sino que requieren, para que resulten fructife-

ros, un sano criterio y madura reflexión. No obstante, creemos que dará excelentes frutos en el ejército francés, donde, por fortuna suya, los capitanes mandan verdaderas compañías y batallones reales los jefes. De lo contrario, los más sabios reglamentos pueden resultar perjudiciales, porque el ejercicio de la iniciativa no se aprende al frente de quince ó veinte hombres, ni es posible que oficiales acostumbrados á mandar grupos insignificantes, apliquen frente al enemigo y á la cabeza de efectivos desproporcionados los preceptos más elevados de la táctica.

UN ASPIRANTE Á VETERANO

### PURIFICACIÓN DEL AGUA EN CAMPAÑA

Las enfermedades epidémicas que se desarrollan en los ejércitos en campaña, producen incomparablemente más víctimas que el plomo y la bayoneta, y son causadas casi siempre por la mala calidad de las aguas potables. Los ingleses vienen dedicando á este asunto, hace ya muchos años, toda la atención que merece, y en las campañas de Egipto y del Africa del Sud emplearon unos filtros portátiles, individuales en muchos casos, con bastante buen resultado. Así mismo los franceses en el Tonkin se valieron de medios análogos. En nuestras campañas de Filipinas, en Mindanao, también nosotros acudimos á la esterilización por procedimientos químicos, consiguiendo que desaparecieran epidemias que se habían presentado con caracteres aterradores. Pero el problema de elegir un sistema de esterilización y aplicarlo con todo rigor en las operaciones militares sigue en pie.

Ultimamente, en Febrero, en los cuarteles de Millbank, Inglaterra, ha tenido lugar una pequeña exposición de los principales métodos que parecen más prácticos para esterilizar las aguas en campaña; en ellos estaban representados los tres procedimientos: físico ó de filtración, químico y el fundado en el calor.

Los procedimientos químicos eran seis: el 1.º, debido á Schumburg, consiste en una solución de bromuro de potasio y agua, encerrada en cápsulas de cristal de 2 centímetros cúbicos de capacidad. El contenido de una cápsula se vierte en un litro de agua, la cual, después de un periodo que oscila entre 7 y 30 minutos, se trata con una mezcla de sulfito y carbonato de sodio, que neutraliza el bromuro, y quita el olor en menos de dos minutos. Sin embargo, el agua suele tomar mal gusto, y esto, unido á la necesidad de transportar cápsulas de frágil materia, es un grave inconveniente contra la generalización del método referido.

El segundo método, Vaillard y Georges, se funda en la acción del yoduro, empleándose tres pastillas: una de yoduro de sodio y de potasio, con una materia colorante azul; otra de ácido tartárico, coloreada de rojo; y la tercera de hiposulfito de sodio. En el proceso de la esterilización se invierten diez minutos, quedando el líquido despojado de olor y sabor.

El tercer sistema, Nesfield, trata el agua con bicarbonato de sosa, y á los diez minutos se incorpora sulfito de sodio, que quita el mal sabor al agua. La esterilización no es siempre completa.

El cuarto procedimiento consiste simplemente en la adición de un gramo de bisulfato de sodio á cada medio litro de agua; fué ensayado en

el Africa del Sud, pero los soldados se quejaban de que el agua adquiría mal gusto; para combatir este defecto se empleó á veces el bicarbonato de sosa. Otro inconveniente es que el agua tratada ataca el hierro de los frascos, apropiándose una dosis excesiva de aquel metal.

El quinto tratamiento se reduce á la agregación de permanganato de potasa, la cual colorea ligeramente el agua y la hace repulsiva.

El sexto método se funda en las experimentos del doctor norteamericano Moore, según los cuales una solución de sulfato de cobre al 1:100.000 destruye los gérmenes de la fiebre tifoidea y del cólera en cuatro ó cinco horas. Sin embargo, los ensayos practicados en Inglaterra por Bideel y Barnes demuestran que aquella solución es demasiado débil, y que convendría concentrarla á 1:10000 para destruir el bacilo de Eberth, y á 1:1000, para el del cólera. Una observación muy interesante es la de que el agua conservada 24 horas en frascos de cobre muy limpios, queda libre de los microbios del tifus y del cólera, lo cual aconseja el empleo en campaña de frascos de aquel metal.

Entre los filtros presentados merecen especial mención el de Slack y Brownloser; el de Bailey-Denton, á base de carbón y un filtro suplementario Berkefeld; y el de Lefebvre, de carbón y amianto. Justo es decir que los filtros van siendo cada día menos apreciados, porque si su limpieza y esterilización por el calor no son frecuentes y completas, no tardan en ser casi más perjudiciales que útiles, porque si bien mejoran la calidad de las aguas muy cargadas, en cambio alteran la composición de las medianamente impuras.

Los esterilizadores que figuraron en la exposición de Millbank fueron cinco. El esterilizador Lefebvre no encierra ninguna novedad, y el Leigh Canney es un mero hervidor, sin elementos para devolver el agua su temperatura primitiva. En los otros tres hay un juego de serpentines, merced á los cuales el agua ya esterilizada cede su calor á la otra, llegando esta al hogar á mayor temperatura y saliendo la otra relativamente fria. En el aparato Griffiths, el agua no se eleva á la temperatura de ebullición, sino á la de 80°, que el inventor estima suficiente para destruir los gérmenes patógenos contenidos en el agua. El aparato suministra 270 litros de agua esterilizada por hora, con un consumo de 0,30 litros de aceite; el agua sale á la temperatura de 26° á 33°; al parecer, el constructor piensa modificar este esterilizador para reducir el consumo de combustible, y lograr que el agua salga más fria.

Los esterilizadores Laurence y Forbes no suministran tanta cantidad de agua esterilizada como el anterior, pero en cambio resulta á la temperatura de 15° á 22°. Por lo demás, la disposición de todos esos esterilizadores es la general en los aparatos de su clase.

El asunto es sobradamente interesante para que nos ocupemos en resolverlo de un modo práctico. Mucho podría hacer en este sentido el Laboratorio Central de Sanidad militar, por lo que se refiere á la purificación química; bastando que se anunciara un concurso internacional, con sujeción á bases bien estudiadas, para que pudiera resolverse con acierto en lo relativo á filtros y esterilizadores.

JUAN ÁVILÉS  
Comandante de Ingenieros



## EL COLEGIO GENERAL MILITAR

La creación del Colegio general Militar no parece haber entrado todavía en la categoría de los hechos consumados, por lo que tal vez no sea impertinente formular algunas reflexiones sobre su conveniencia, las cuales me han sido sugeridas por la atenta lectura del folleto de  $\sqrt[3]{-1}$ .

Varios distinguidos escritores opinan que con el Colegio General Militar se logrará la ansiada regeneración del Ejército, y la compenetración de ideas y aspiraciones de todos los oficiales. Alguien ha dicho con tanta elocuencia como inexactitud: «mientras el templo de la milicia tenga tantas puertas como altares y fachadas, imposible es pretender la unidad de culto, de dogma, de doctrina.» «La educación militar, hay quien agregue, ha de ser única y común á todos, y ha de cimentarse el compañerismo en los años de la juventud, cuando más abierto se tiene el corazón á los afectos y á los sentimientos.» Dentro de estas afirmaciones gira todo el círculo de argumentos que en favor de su tesis aducen los partidarios del Colegio General.

Que los lazos de estimación personal entre los oficiales de las varias armas se fomentan y acrecientan cuando todos ellos pasan por un mismo centro de enseñanza es innegable; pero esta ventaja ni tiene la importancia que se le quiere atribuir, ni realmente reporta beneficio práctico al ejército. Las relaciones de amistad que se contraen en un establecimiento de enseñanza militar, no suelen extenderse, si el número de alumnos es muy crecido, más allá de la promoción propia y de las dos inmediatas, de suerte que permaneciendo durante dos años los futuros oficiales en el Colegio único, para diseminarse luego en los diversos cuerpos y por todos los ámbitos de la península, entregados á ocupaciones distintas y con nuevos puntos de vista, los sentimientos de amistad de los años juveniles no tardan en quedar reducidos á una benévola cortesía. Pero aunque así no fuera: ¿qué beneficio reportaría al Ejército que de las cuarenta y tantas promociones que componen las escalas, solo conserven los individuos de cada una débiles sentimientos de antigua amistad con la vigésima parte del personal de los demás organismos? ¿Se funda acaso el funcionamiento de la milicia en la amistad de los oficiales?

En cambio, la comunidad de procedencias, mientras no se reformen radicalmente los vigentes sistemas de ascensos y recompensas, no se compadece á veces con la interior satisfacción, porque el retraso de los ascensos en unos cuerpos con respecto á otros se hace más sensible y se exterioriza más, y se establecen comparaciones insanas si por acaso recae alguna recompensa en oficial que de alumno fué descuidado, torpe ó negligente; ó llega á brillar por cualquier circunstancia quien en la

Academia se acreditó poco por su entendimiento y aplicación, casos ambos que se presentan con suma frecuencia y justificadamente, porque no siempre se muestra ni es posible adivinar el hombre futuro bajo el alumno.

Lo que al Estado y al Ejército les importa es que todos contribuyan con todas sus fuerzas, por convencimiento, más aún que por deber, al bien común y se consideren como elementos diferentes, sí, pero armónicos é igualmente necesarios y en el mismo grado, de la institución armada. La única manera de alcanzar este fin, sería con continuos y perseverantes ejercicios colectivos y maniobras parciales y de conjunto discretamente conducidas, en que tomaran siempre parte todas las armas y servicios, y en las que todos pudieran apreciar el papel de los diversos elementos, cómo se compenetran y confunden en un solo objetivo, y cómo el menosprecio ó el mal empleo de cualquiera de ellos acarrea la derrota del total.

La educación militar, inspirada en el culto al honor, al deber y al sacrificio, no necesita ser única ni adquirida en un solo centro de enseñanza; esa educación será perfecta si los profesores están á la altura de su misión, y penetrados de su doble carácter de mentores y maestros predicán con el ejemplo en todos los momentos y circunstancias. Poco importa para aprender las virtudes militares que los profesores sean infantes ó artilleros con tal que en ellos resplandezca un honor immaculado, siendo en todo caso conveniente á este respecto, más tal vez que en lo que atañe, á la instrucción, que haya unidad de procedencia en el cuerpo docente, para que la unidad de criterio se robustezca y facilite, y se imprima una orientación segura á la juventud.

¿Acaso en las demás órdenes de la actividad humana y, particularizando más, en los otros organismos del Estado, existe esa ponderada unidad de educación, no alternando y congregándose para un mismo fin hombres de las más opuestas procedencias, sin detrimento del conjunto, el cual queda favorecido por la emulación que se despierta en las colectividades? ¿Existía quizás esa unidad en aquellos ejércitos ya históricos, tan ensalzados y que se nos presentan como ejemplo, y en los cuales el honor y el espíritu caballeresco rayaron á altura no igualada?

La menor desavenencia entre los profesores trasciende á los alumnos exajerada y desvirtuada; la más leve diferencia de criterio de los primeros y aun su aptitud para la enseñanza, son comentados por los discípulos, que con el ardor y la irreflexión de la juventud generalizan lo que es particular y deducen consecuencias de lo excepcional y aislado, germinando en ellos la semilla de la división, más que la armonía y fusión de aspiraciones.

Desde el punto de vista de la instrucción, no concedemos grande importancia á que se cree ó deje de crearse el Colegio General Militar.

Toda la dificultad estriba en plantear el problema sobre sus bases naturales. Si se parte de la idea preconcebida de que la duración de la carrera más larga no ha de exceder en más de dos años, por ejemplo, á la que exija menos conocimientos, el centro que se cree funcionará mal desde el principio, podrá sostenerse más ó menos tiempo, nunca mucho, pero á la postre perecerá, porque no responde al fin de su creación y á lo que tiene derecho á exigir la Patria, que está por encima de todos y es permanente. ¿Todos los oficiales, cualquiera que sea la especialidad que elijan, necesitan tener los mismos conocimientos? Pues suprimanse las armas y cuerpos y redúzcase la milicia á una escala única, en que todos tengan capacidad para todo. ¿Es, al contrario, indispensable verificar estudios diferentes según sea la rama de la profesión á que se dediquen, como hasta ahora se ha creído sin discrepancia en todos los países? En tal caso redáctense por una junta de generales y jefes competentes los programas de cada carrera, y distribúyanse las asignaturas en el número de cursos necesario para que el estudio sea provechoso, sin atender para nada á si la especialidad *A* exija un año más que la *B* ó si la *C* queda preterida porque la *D* implica mayor perseverancia y laboriosidad en el discípulo. Na lie debe considerarse lastimado ni en condiciones de inferioridad porque la carrera que haya elegido tenga dos ó cuatro años menos de duración que otra; ni nadie tampoco ha de creerse superior á los demás por haber dado cima á la carrera más larga, pues la diversidad de orientaciones no dimana jamás de la diversidad de méritos ni aptitudes, sino de la de aficiones. Y esas suspicacias, que afortunadamente no existen en el seno de la oficialidad, serían de todo punto incomprensibles teniendo en cuenta que las Academias están abiertas para todos y que por consiguiente cualquiera puede emprender la que se acomode más á sus aficiones, por lo que ni debe lamentarse el que ha abrazado la más corta, pues la responsabilidad es exclusivamente suya, ni vanagloriarse el que termine la más larga, ya que no hay carrera en el mundo que exija un talento extraordinario, sino el corriente y el vulgar de la generalidad. Sobre todo, aún admitiendo que se alegase que las grandes diferencias en los planes de estudio son causa eficiente de desigualdades, y de otra porción de inconvenientes y peligros, el remedio sería tan lógico como fácil, y consistiera, no en cercenar materias de los programas más recargados, pues entonces la Patria no dispondría de oficiales de suficiente competencia en los diversos servicios, sino en aumentar asignaturas á los demás programas para que todas las carreras tuviesen igual duración, con lo que saldría favorecida la ilustración de la oficialidad.

Achácase también á las Academias especiales el inconveniente de que el aspirante á ingreso solicita generalmente examen en varias, y si consigue entrar en alguna después de haber sido reprobado en otras, esto redundará en perjuicio del crédito y fama de la Academia más benévola y

sobre todo da lugar á que el futuro oficial emprenda una carrera para la que tal vez no sentía verdadera vocación. Bien meditado, el inconveniente expuesto se presenta [menos frecuentemente y no es tan grave como si funcionase la Academia única. En primer lugar el examen verificado por profesores que desconocen al aspirante, empleado como medio único de prueba, no es ni puede ser bastante á conocer la capacidad del alumno y su aplicación, y mucho menos sus condiciones morales, más importantes sin duda que los intelectuales en hombres cuya misión ha de ser esencialmente educadora y que emprenden una carrera llena de sacrificios; así, nada tiene de extraño que un joven responda mejor en unas Academias que en otras, según el interés que tenga en ingresar en una determinada, el modo como se le expongan las cuestiones y mil pequeñas circunstancias que influyen en su serenidad de juicio y ánimo, lo cual demuestra no que haya diversidad de criterio al juzgar, sino que el sistema de admisión es malo, en lo que estamos conformes todos. En segundo lugar, si es relativamente frecuente el caso de que un aspirante aprobado en una Academia sea reprobado en un examen posterior en otra, apenas sucede lo contrario, esto es, que el que ha empezado siendo reprobado concluya por ganar las oposiciones sucesivas, lo que se comprende sin esfuerzo observando que esto último se debe, generalmente, á que el alumno no posee los conocimientos suficientes, mientras que lo primero obedece al exceso de confianza y más aún á la indolencia originada por tener plaza en una Academia, indolencia que se refleja en no repasar más las lecciones y en no realizar esfuerzos para salir airosos en las pruebas posteriores.

Pero, aunque el inconveniente que discutimos fuera cierto y evidente, su remedio no estaría en la Academia única, que lejos de desvanecerlo lo acentuaría más. Con su implantación en efecto, nadie sabe, ni puede saber al ingresar en ella, si podrá más adelante abrazar la carrera por la que siente verdadera vocación, ocurriendo verdaderas sorpresas y encontrándose al cabo de algunos años no pocos jóvenes en posesión de carreras por las que no sentían preferencias y á las que no les encaminaban sus inclinaciones. El remedio eficaz y positivo sería variar los programas de ingreso, exigiéndose en cada Academia los conocimientos más afines á su especialidad y que facilitaran más los estudios ulteriores. La igualdad de programas actual no satisface ninguna necesidad; si es verdad que resulta beneficiosa á los aspirantes, no lo es al Ejército, á quien únicamente hay que atender; con ella no se consigue igualar lo que por su naturaleza y destino ha de ser diferente, y resultan perjudicadas todas las carreras, porque cualquiera que sea la índole de las materias exigidas no las necesitan poseer en igual grado el jinete que el oficial de administración militar, ó el artillero que el infante.

La Academia única, lejos de unir y compenetrar, tiende á dividir y

separar, y si fuera posible que en el Ejército hubiera quienes se creyeran preteridos, culpa sería de aquel centro, porque al término de los años comunes, cuando cada alumno ha de emprender estudios especiales, y llega la elección definitiva de carrera, sea por medio de notas, ya por concurso ó un examen, se pone de manifiesto que no pocos alumnos quedan sin ingresar en el arma que deseaban.

Consideración es esta más que sobrada para que condenemos en absoluto la Academia única. Un medio habría de resolver la dificultad: apelar al sorteo para cubrir las plazas de las Escuelas de aplicación; pero ¿es posible violentar al alumno hasta el punto de obligarle á seguir una carrera contra su gusto, y no pugna esto contra los más elementales principios de la dignidad humana, y de las conveniencias del Ejército?

No creemos necesario aducir más argumentos contra la creación de un centro único de enseñanza militar. La instrucción se perjudica y nada gana la educación. Y no se nos hable retóricamente de dogma, culto y doctrina. No porque los católicos adoren á los santos, dejan de venerar á Dios sobre todas las cosas; al contrario, la Iglesia, maestra incomparable y conocedora sin rival del corazón humano, ha creído en todo tiempo conveniente fortalecer los lazos que unen al hombre con la divinidad, multiplicando los advocaciones y elevando á los altares á los varones eminentes en virtudes, para que en todas las ocasiones de la vida y cualesquiera que sean los sentimientos é inclinaciones del creyente, encuentre éste quien le guíe y le conduzca al Supremo Hacedor. De igual manera el ideal, el fin del Ejército ha de ser único, pero muchos los altares, para que los hombres más distinguidos de la sociedad, en todos sus órdenes, se cobijen bajo sus banderas, siguiendo cada uno el camino que le trazan sus aptitudes y sus aficiones.

Inspirémonos en un espíritu amplio, que cuanto más lo sea más atraeremos hacia el Ejército el elemento de más valer de la juventud. La variedad dentro de la unidad: ese es el ideal. No estrechemos la puerta para el ingreso en el Ejército, ni tendamos á una uniformidad mortal que ahogue el entusiasmo. No ya la diversidad de Academias y de estudios de cada una, sino la de servicios y aún la de uniformes dentro de cada arma, contribuyen á aumentar la interior satisfacción y son otros tantos acicates que despiertan la vitalidad de la savia que ha de nutrir el cuerpo de oficiales. Abramos las puertas y llamemos á nuestro seno á los jóvenes distinguidos por su cuna, su posición y su talento, facilitándoles la consecución de sus propósitos mediante el ingreso directo en la Academia que sea objeto de sus preferencias, y luego, ya oficiales al frente de sus tropas, pongámoslos en contacto frecuente por medio de ejercicios y maniobras combinadas que les demostrarán, mejor que las amistades frívolas y superficiales, la íntima unión que ha de reinar entre

todas las armas, verdaderas hermanas especialmente en los momentos de peligro.

*El Capitán SUBRIO ESCÁPULA.*

—> <—  
PORT-ARTHUR

(Del *Militär-Wochenblatt*)

Cada día aumenta en la prensa diaria y en las revistas el aluvión de consideraciones más ó menos técnicas sobre la capitulación de Port-Arthur. Aun están humeantes las ruinas de los fuertes destruídos; todavía no conocemos bien la situación y construcción de las diversas obras, ni los recursos y métodos de combate de ambos adversarios, porque faltan noticias oficiales y relatos fidedignos de militares competentes que asistieran al sitio, y ya se apresura todo el mundo á deducir, en forma más ó menos convincente, enseñanzas de este gran drama. «Nuestra actual teoría de la guerra de sitios ha hecho fiasco en Port-Arthur»—«Port-Arthur iniciará un nuevo periodo de la guerra de sitios»—«Port-Arthur ha reconquistado los derechos del ingeniero-zapador, antes relegado á segundo término»—y otros temas por el estilo son los que encabezan estos artículos. En tanto que tales lucubraciones, producidas á ciegas, están destinadas á satisfacer la curiosidad del momento de un círculo de lectores profanos, no revisten carácter alguno perjudicial.

Lamentable es sin embargo que el autor, á quien el público otorga con derecho una gran autoridad en materias técnicas, se dedique á sacar conclusiones de una base imaginaria. Es preciso estar muy prevenido contra un procedimiento semejante que no conduce más que á confundir, en lugar de aclarar, y á derogar principios, sin reemplazarlos por otros mejores. Posible es que la pluma del crítico haya sido guiada por el recelo de que los altos centros directivos no aprovechan el rico tesoro de experiencias que ofrece el memorable sitio; pero el desarrollo de la organización de nuestro ejército no justifica tales desconfianzas.

Incurriríamos en análogas faltas, si entrando en el examen de aquellos artículos, emitiéramos nuestra opinión acerca de las deducciones que establece para la guerra de sitios de lo porvenir. Dado el desconocimiento en que estamos respecto á los sucesos de Port-Arthur, sólo podemos expresar algunas ideas ligeras.

Ante todo, la situación especialísima de la plaza, protegida en un frente por el mar y en los otros tres por un terreno de naturaleza alpina de muy difícil acceso y que por su carácter pedregoso y roqueño constituye un serio obstáculo en todos los trabajos de zapa, impone por sí sola cierta prudencia al pretender trasplantar las enseñanzas adquiridas á un teatro de guerra europeo.

Se descubre ya ahora quizá que los japoneses despreciaron las dificultades de la guerra de sitios, y que, en contra de los principios que en nosotros rigen, se presentaron ante la plaza con medios de combate insuficientes. En número y calibres, particularmente de fuegos curvos, era su artillería muy incapaz durante el primer periodo del sitio. Les faltaba también la dirección de fuegos única, que supiera concentrar todos los esfuerzos en determinados lugares. Las condiciones extremadamente desfavorables del terreno, dificultaron además la observación. Cuando esta última fué posible, á consecuencia de la toma de la colina 203, dirigieron

toda la masa de sus fuegos contra los buques cuyo bombardeo hasta entonces no había tenido eficacia alguna, y los cuales constituían un objetivo de ataque principal que relegaba á segundo lugar el de los fuertes. También en el transcurso siguiente del duelo de artillerías, en el cual tomaron parte de 120 á 150 piezas por cada lado, no manifestaron los japoneses una superioridad de fuegos capaz de anular la artillería de la defensa, sino momentáneamente en algunos lugares (colina 203, obras de Erlung y Kikwan). Debieron los japoneses estos éxitos á haber logrado poner en batería, á últimos de Noviembre, un número suficiente de obuses de 28 centímetros, originándose desde dicha época, según manifestaciones del sitiado, un cambio radical en las operaciones del sitio.

La escasez de artillería adecuada, por un lado, y por otro los apremios de la situación estratégica que impelían á tomar rápidamente la plaza, obligaron á los japoneses á seguir un procedimiento que no está de acuerdo con las ideas por nosotros profesadas sobre la guerra de sitios. Exigieron del infante y del zapador un trabajo enorme que no podía sostenerse sino á costa de ríos de sangre. Así se sacrificaron miles y miles de hombres, y todas las víctimas que se inmolaron tuvieron justificación aparente en la extraordinaria importancia de la plaza para el curso de la campaña.

Con arreglo á nuestras teorías sobre la guerra de sitios, la condición primordial de éxito estriba en la alternativa bien combinada de las acciones de la artillería pesada, de la infantería y de los zapadores, desde el primero hasta el último de los días del sitio. Paso á paso, apoyándose y completándose mutuamente, desarrolla cada arma toda su fuerza y ejecutan de común acuerdo el ataque hasta el asalto. Esta idea preside en todos nuestros reglamentos de servicio para la guerra de sitios, y ha recibido la sanción de la práctica, á juzgar por las noticias que tenemos sobre los sucesos de Port-Arthur.

Es incomprensible por lo tanto, la afirmación de técnicos y profanos de que la dirección suprema de nuestro ejército, bajo la impresión de los rápidos progresos de la artillería pesada, esté dominada por el prejuicio fatal de que un acertado despliegue de artillería sea por sí solo suficiente para decidir de la suerte de una plaza. Afirmaciones semejantes, sin fundamento alguno, parecen adecuadas para destruir la confianza que debe tenerse en los altos centros.

Respecto de si Port-Arthur, desde el punto de vista de la fortificación, era una plaza verdaderamente fuerte, no podemos determinarlo antes de conocer los detalles de sus obras. En los frentes del Norte y Nordeste se empleó mucho el hormigón; del frente del Este no sabemos nada; las obras del frente Sur estaban en su mayor parte abiertas por la gola; las del frente Oeste tenían un carácter provisional. Más que el ataque de estas obras, pertenecientes á la línea principal de la defensa, ocupó á los japoneses la toma de las numerosas obras provisionales exteriores. No se contó con éstas, creyéndose encontrar desde luego la línea principal. Bien ocultas en el terreno, flanqueándose mutuamente, y provistas de sólidos abrigos blindados, fueron difíciles de batir por los japoneses y resistieron perfectamente los fuegos de las piezas de campaña de calibres menores. Numerosas bajas sufrieron los japoneses en los ataques contra estas obras exteriores. Así, pues, Port-Arthur nos presenta un conjunto de modelos de obras lo más distintos que se puede imaginar y en el cual tienen representación todos los periodos del arte de fortificar, desde la

maciza construcción de hormigón hasta la sencilla trinchera. Sería, por lo tanto, prematuro hacer con todo lo expuesto un estudio teórico sobre la fuerza de resistencia de las fortificaciones.

El artillero tuvo que ceder á las armas hermanas la mayor parte del trabajo. Vemos, así, que el zapador desarrolló grande actividad para allanar el camino al infante, y apeló á los recursos más variados, siempre avanzando heroicamente. Si consideramos en detalle estos medios, nos encontramos con los mismos procedimientos que recomiendan nuestros reglamentos. Como novedades en la lucha á corta distancia, hay que señalar el empleo de escudos de hierro para las brigadas de trabajadores, el uso de substancias explosivas, bajo la forma de granadas de mano, contra blancos animados, la carga eléctrica de alambradas, la destrucción de éstas por medio de tijeras aisladas, y la colocación de materias combustibles en el fondo de los fosos. No es posible todavía emitir juicio sobre la conveniencia de los medios empleados, pues no estamos seguros de las experiencias verificadas. Quizá se han puesto en juego otros recursos improvisados por la necesidad. Existió ésta, indudablemente, porque la artillería de sitio, al principio y por las razones enumeradas, no consiguió barrer los obstáculos accesorios, sin destruir las escarpas. Cierto es que de nuestra artillería pesada esperamos, cuando la tengamos bien emplazada y en suficiente número, la ejecución de todos los trabajos preparatorios de los aproches y del asalto. Nadie, y mucho menos los centros responsables, puede confiar en que los efectos de la artillería pesada harán innecesarios los aproches, ni pretenderá tampoco que el trabajo principal, anulando la propia libertad de asalto, corresponda exclusivamente al zapador. Creemos, sin embargo, que con el concurso de nuestra artillería pesada nos ahorraremos las hecatombes que el Japón se ha visto obligado á producir.

Si en lo sucesivo será más indispensable que antes el empleo del céstón relleno que previenen nuestros reglamentos para hacer avanzar los ramales de trinchera, ó si hemos retrocedido á la época de guerra de minas, son cuestiones de índole especial que no podemos resolver sin el examen muy minucioso de las experiencias de Port Arthur. Por de pronto, sólo sabemos que era muy deficiente la preparación de los japoneses para la guerra de sitios, y que, por ejemplo, al principio no emplearon los blindajes de madera, sino que de los rusos aprendieron el modo de construirlos. Tampoco conocemos el sistema de galerías de mina y la cantidad de las cargas explosivas. El estudio de este importante sitio contribuirá á aclarar conceptos sobre la necesidad de una preparación más sólida de las tropas de zapadores para la guerra de sitios, ó si convendrá en lo futuro establecer una distinción entre zapadores de campaña y de plaza.

Sea cualquiera la decisión que recaiga sobre estas cuestiones, debemos consignar que ya actualmente nuestros centros directores reconocen en todo su alcance el papel importantísimo que el zapador desempeña en los sitios de plazas y así se ha expresado en todos los reglamentos correspondientes.

Con los datos actualmente publicados sobre el sitio de Port-Arthur, es de todo punto imposible presagiar la aurora de una época nueva en la fortificación y en el empleo de las tres armas principales encargadas de los sitios de plazas.

Traducido por el  
MARQUÉS DE ZAYAS  
Teniente Coronel de E. M.

## EL FUSIL CORTO PARA INFANTERIA

La cuestión del cambio de armamento continúa suscitando las más vivas polémicas en Inglaterra, pronunciándose cada vez más la opinión contra la adopción del fusil corto para la infantería.

En el pasado Febrero se congregaron algunos de los más diestros tiradores británicos, con el fin de efectuar pruebas comparativas. Componían el grupo el comandante Richardson, el capitán Varley, los tenientes Pixley y Collier, el sargento Fulton y los soldados Gray y Skilton; todos ellos en posesión de primeros premios ganados en certámenes de tiro nacionales é internacionales, y habiendo representado oficialmente á la Gran Bretaña en estos últimos.

Las armas elegidas fueron: tres fusiles cortos; los fusiles antiguos, propiedad de los tiradores; y tres fusiles largos reglamentarios, dotados de la nueva alza «Peddie.» Tanto estas armas como las primeras eran nuevas, sin que conocieran las propiedades de ellas los tiradores.

Las municiones, esmeradamente escogidas por la Compañía Real de municiones Norton, eran las reglamentarias; y el tiro se efectuó por grupos de tres tiradores, disparando cada uno siete cartuchos á cada una de las distancias de 200, 600 y 800 yardas.

Después de varios disparos de prueba para obtener una puntería conveniente, comenzó el ensayo, del cual resultó, por unanimidad, que los fusiles, clasificados por orden de mérito, eran: 1.º El fusil largo con la nueva alza; 2.º El fusil largo con el alza antigua; 3.º El nuevo fusil corto.

Las conclusiones adoptadas fueron las siguientes:

1.º El nuevo fusil corto está mal equilibrado, cargando mucho el peso en la boca, lo cual se debe á la prolongación de la caña de madera para cubrir el cañón; á la disminución del peso de la culata con el fin de que no resultara excesivo el peso total; y á ser más pesado el metal.

2.º El fusil largo se presta mejor á la rapidez de fuego y á la buena puntería, porque el alza del nuevo es demasiado pequeña y llega á confundirse con la madera lateral.

3.º El retroceso es mucho más duro con el fusil corto.

4.º En cambio es menor la precisión, porque todos los tiradores tropezaron con serias dificultades para que los impactos quedaran agrupados en un corto espacio.

5.º El ensayo duró casi todo el día; y al caer la tarde, pero antes de ponerse el sol, observase que de la boca del fusil corto salía á cada disparo, un penacho de fuego, lo que no sucedía en las armas de cañón largo. Este hecho es muy importante, porque tal defecto revelaría la posición de los tiradores en los combates nocturnos, y se opone á que la tropa encuentre un abrigo eficaz donde resguardarse del fuego enemigo.

6.º Como arma para la caballería, el fusil corto es superior á la carabina actualmente usada por esta arma.

En resumen, todos los tiradores condenaron la reducción de la longitud del cañón, no solo porque estando el alza y el punto de mira mucho más cerca una de otro es más difícil apuntar bien, sino porque la precisión del tiro es menor en las armas cortas, y porque el nuevo fusil, contrariamente á lo afirmado por la comisión que propuso su adopción, es menos manejable y está peor equilibrado.

Aunque algunos de los defectos expuestos no son imputables á todos

los fusiles de cañón corto, hay otros en cambio inseparables de tales armas, y que apenas se concibe haya quien los ponga en duda. Si, pues, á igualdad de condiciones el fusil corto es menos preciso, delata en ciertos casos la presencia del tirador, y en el combate al arma blanca pone á la infantería en condiciones desventajosas, no debe admitirse que por la ventaja, más aparente que real, de que toda el ejército tenga un arma única, quede perjudicada la eficacia de la infantería.

Consideramos muy interesante este asunto, y nos hemos apresurado á dar noticia de él, antes de que informaciones deficientes ó equivocadas den como bueno lo que desde un principio pareció generalmente inaceptable y poco práctico.

---

## BIBLIOGRAFÍA

---

CENSO DEL GANADO CABALLAR Y MULAR DE ESPAÑA, DE 1902 Á 1904.—Madrid, 1904.—XXIV.—532 páginas, en folio.

La Junta de la Cría Caballar, que preside el Excmo. Sr. Teniente General D. Enrique Bargés, acaba de publicar el censo general del ganado caballar y mular de España, correspondiente á los años 1902-1904.

Después de la inserción de las disposiciones oficiales relativas á esta materia, y de una breve pero suscita Memoria del Presidente de la Junta, figura el censo por provincias y partidos judiciales, los datos de Guerra por armas y cuerpos, un estado comparativo entre este censo y el avance hecho en 1897, y las razas de los sementales de ganadería y en las paradas particulares. Los censos son detalladísimos y están muy bien compuestos, resultando clara la comprensión de los datos y fácil su investigación, extremo muy atendible en una obra de esta clase.

Nueva completamente en España la labor emprendida por la Junta de la Cría Caballar, y siendo necesario el concurso de todos para que el trabajo resultase completo, fácilmente se comprende las dificultades y obstáculos de todas clases con que ha tropezado la Junta para llevar á feliz término su misión, y la imposibilidad en que se ha visto de que el censo apareciera perfecto.

Pero los resultados obtenidos superan en mucho á las más halagüeñas esperanzas, y honran verdaderamente al Centro que con tanto celo é interés ha llenado un vacío que cada día se hacia más sensible. Mucho puede prometerse el país, y en particular el ejército, de un organismo que tan brillantemente inaugura sus funciones, y cuyas iniciativas, en la esfera que le compete, están tomando ya carácter práctico con aplauso general, al que unimos el nuestro, felicitando sinceramente á la Junta y á su digno Presidente, el señor general Bargés.